

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

SANTAS MISIONES.

A la hora en que este número llegue á nuestros lectores, estarán ya entre nosotros los Reverendos Padres Labrador, Martínez, Ciaurriz y Vinuesa, á cuyo cargo se hallan las misiones que darán principio mañana en la Santa Iglesia Metropolitana y en la Parroquial de San Lesmes.

LAS TENTACIONES.

El evangelista S. Mateo refiere que Jesús fué llevado al desierto por el Espíritu Santo para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, despues tuvo hambre. Y acercándose el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios dí que estas piedras se conviertan en pan. Más Jesús le respondió y dijo: Escrito está: No de sólo pan vive el hombre, más de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le

tomó el diablo y le llevó á la santa ciudad de Jerusalem y le puso sobre la almena del templo. Y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó á sus ángeles acerca de tí, y te tomarán en palmas porque se lastimen en las piedras tus piés. Jesús le dijo: Tambien está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios.

De nuevo le subió el diablo á un monte muy alto: y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos. Y le dijo: Todo esto te daré si cayendo, me adorares. Entonces Jesús indignado le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y á él sólo servirás.

Sabemos por este bellissimo pasaje evangélico que Jesucristo permitió ser tentado por el diablo, que el sublime campeon de la humanidad luchó con el tentador para enseñarnos la necesidad de la lucha y la manera de vencer las tentaciones. No ha de ser el discípulo de mejor condicion que el maestro. Hemos nacido para el combate: éste es nuestro destino

sobre la tierra. El mundo no es otra cosa que un campo de batalla donde se ventila nuestra suerte eterna y donde se fijará nuestro inmortal destino. No puede el hombre vencer sin pelear ni ser coronado sin haber vencido.

Hé aquí un asunto digno de nuestro estudio y meditación, pues á causa de estar olvidado el arte sublime de las luchas espirituales, hay una multitud de víctimas heridas mortalmente por los dardos de fuego, esto es, por las tentaciones de todo género con que el demonio, caudillo del infierno, procura la muerte de las almas libertades por el rey de los cielos.

Las tentaciones son malas por cuanto vienen de nuestros enemigos el mundo, el demonio y la carne para inducirnos al pecado, que es el mayor de nuestros males y la más grande de nuestras miserias.

Jesucristo Nuestro Señor no se presenta en el lugar del combate por su propio impulso, sino que es conducido al desierto por el Espíritu Santo. Con esto quedamos advertidos que no es lícito lanzarse voluntariamente en los peligros ni amar las ocasiones, toda vez que es difícil, sino imposible, arrojar-se voluntariamente en la hoguera de las pasiones y salir ileso de las llamas. Eso sería tentar á Dios, exigirle un milagro, que no está obligado á realizar en favor de nuestra imprudencia y temeridad, hijas de la vana presunción. Las tentaciones son peligrosas por parte del enemigo que sólo intenta nuestra perdición: peligrosas de parte nuestra, que somos flacos y miserables, que, si no estamos fortalecidos con la gracia, es fuerza que sucumbamos

en la pelea, *Sine gratia Spiritus S. qui ad pugnam vadit, citó cadit.*

Son peligrosas las tentaciones por razón del tiempo, que es de continua pelea, que nos obliga á estar siempre armados y sobre aviso, y es difícil luchar toda la vida con viril esfuerzo sin desmayo; son peligrosas de parte del fin, porque las tentaciones del mundo, del demonio y de nuestras pasiones se dirigen á enervar nuestras fuerzas, á derribar el alcázar de nuestra virtud, á separarnos de nuestros deberes, á labrar nuestra desdicha temporal y arrebatarnos las dichas eternas.

Siendo, pues, tan peligrosas las tentaciones, en vez de buscarlas, debemos huirlas, porque de lo contrario seremos víctimas de la tentación en castigo de nuestra temeridad según está escrito: El que ama el peligro perecerá en él. (1)

Acontece que vienen las tentaciones sin buscarlas, que nuestros enemigos nos acometen sin ser provocados, que somos tentados contra nuestra voluntad; entonces debemos luchar con todas nuestras fuerzas á imitación de Jesucristo nuestro Maestro y nuestro modelo. ¿Somos tentados á la gula, á la ira, á la venganza, á la vanidad, á la lujuria, á la codicia, á la murmuración, á los falsos y mentidos goces de este mundo? Pues no perdamos de vista el ejemplo de Jesucristo y venceremos en todas estas luchas peligrosísimas donde se pone á prueba nuestra virtud y se acrisola nuestro valor. No de sólo pan vive el hombre sino de la palabra de Dios. ¿Qué nos aprovechan la salud, la robustez, el talento, las ri-

(1) *cc. Ele., 3.*

quezas, las satisfacciones, los goces y alegrías de la tierra, si perdemos la amistad de nuestro Dios, las riquezas del alma, los tesoros de la virtud y luego los goces y alegrías de nuestra patria, que es el cielo? No serán coronados sino los que luchen legítimamente. Según las leyes cristianas debemos huir de las tentaciones, evitar los peligros, alejarnos de los lugares donde el demonio y el mundo hacen sus víctimas. Si el peligro se presenta en nuestro camino, si la tentación nos acomete de improviso, resistamos valerosamente á la tentación, arrostremos con santa impavidez el peligro, y digamos á nuestros enemigos las palabras victoriosas con que Jesucristo venció al tentador: Escrito está: El hombre no vive de sólo pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Esc. ito está: No tentarás al Señor tu Dios; y también está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y á él sólo servirás.

Hay muchos hombres que en vez de luchar contra las tentaciones, se entregan á ellas sin resistencia, en vez de combatir al enemigo hacen paces con él, en vez de rechazar los impetus de las pasiones, las fomentan, y en vez de ser paladines esforzados de la virtud, de la gloria, de Dios y de la salvación de su alma, se convierten en los mayores enemigos de su propia dicha, en ofensores de Dios y propagandistas del vicio. Si no luchan ¿cómo vencerán? Si no vencen ¿cómo han de ser coronados? Pero; ¿cómo han de vencer las tentaciones; cómo han de resistir con ventaja las acometidas incesantes de tantos y tan poderosos enemigos conjurados contra su alma, si se presentan des-

armados en medio del combate? Esa conversacion libre y peligrosa que ha sido causa de tantos pecados contra Dios y contra el prógimo, esas compañías que arrastra á cometer pecados de pensamiento, de palabra y obra, esas reuniones donde sabemos por una triste experiencia cuán difícil es conservar incólume la dignidad cristiana, esos espectáculos públicos donde se rinde culto á la vanidad y se enciende el fuego de las pasiones; esos bailes modernos donde se da rienda suelta á la sensualidad y se rompe todo freno moral, donde triunfa el vicio y se menosprecia toda virtud; donde los jóvenes de ambos sexos se entregan al libertanaje más desenfrenado, y se pierden miserablemente; todos estos peligros y tentaciones, todos estos enemigos conspiran contra la virtud; y tan grandes son los estragos que están haciendo en las costumbres públicas y privadas, y son tantas las almas cautivas de la moderna tentación, que afligen el ánimo y hacen asomar lágrimas de sangre á la pupila de nuestros ojos.

No se lucha contra el enemigo, antes se ve con dolor que se pasan á su campo los que juraron fidelidad á Dios y amor eterno á Jesucristo. Pues no hay medio: Nadie puede servir á dos señores, tan opuestos como Dios y el mundo, como Cristo y Belial.

El cristiano ha de ser fiel hasta la muerte si aspira á ceñir sus sienes con el laurel de los vencedores (1) No hay victoria sin combate ni corona sin victoria. Quien se entrega al enemigo sin resistencia, es un cobarde; quien vuelve la espalda á Jesucris-

(1) Apoc.

to en medio de la lucha, es un traidor; y escrito está que el cielo no se ha hecho para los traidores y cobardes. El reino de los cielos se conquista con las armas de la fé, del sacrificio y del valor cristiano, y solo llegarán á conquistarlo los valientes y esforzados, los que pelean legítimamente contra los asaltos del diablo, contra las seducciones del mundo y contra su propia carne, contra sus malas inclinaciones.

Luchemos, pues, como quien sabe estimar el precio de la virtud y la grandeza del premio que nos está prometido. Tenemos armas de fino temple, la oracion, la vigilancia, la ley cristiana, el escudo de la fé, la coraza de la justicia, el fuego de la caridad, la espada de la palabra divina, armadura de Dios con la cual podremos rechazar victoriosamente toda clase de tentaciones y sacar á salvo los intereses de nuestra alma. Tenemos los Sacramentos, que son las medicinas de la redencion divina obrada en el madero de la Cruz; la Penitencia que sana las heridas de los combatientes y les devuelve la salud; la Eucaristia que fortifica nuestra alma y nos enardece para el combate, la Eucaristia que nos une al mismo Jesucristo y nos convierte en otros tantos Cristos, *Avistiferi*, esto es, que llevamos á Cristo en nuestro pecho, á Cristo vencedor del infierno, del mundo, del pecado y de la muerte. Si Cristo está con nosotros ¿quién podrá con nosotros? Luchemos, pues, á la sombra de la Cruz por la gloria de Jesucristo, por la dignidad de nuestra alma y por la conquista del cielo. Dichoso el que vive luchando y muere venciendo porque

el Juez eterno le abrirá las puertas de la gloria y le dará la corona de vida que prometió á sus fieles servidores. Al que venciere en las batallas del señor, le dará Jesús un asiento á su lado en su mismo trono.

CASTIGOS Y MISERICORDIAS.

Puesto que hablamos de milagros, dejadme que os cuente dos historias que tengo por exactas, porque la primera me lo contó el doctor Fabas, tan ilustre por su ciencia como por su conciencia, en estos términos:

«Hace poco tiempo llegó á Aguas-Buenas un oficial que tenia en la pierna una herida hecha por arma de fuego. La herida, muy antigua, presentaba un carácter particular, porque en ella se formaban constantemente gusanos. Emplé todos los medios que me surgió la ciencia, para conseguir que por lo ménos desapareciera aquella gusanera. Todo fué en vano, y por fin un día el oficial me dijo:

--»Doctor, no sigamos la cura; debo morir con esta horrorosa enfermedad.

—»En efecto,—le respondí, aquí hay algo extraordinario. Yo, aunque ya soy viejo, y aunque he visto cosas sorprendentes, no he visto nada parecido. ¿Dónde fuisteis herido?

—»En España, pero quiero ya decirnos cómo recibí la herida y por qué no curaré de ella.

»Y añadió balbuceando:

—»Tenia diez y ocho años el año 1793, cuando fui llamado á un ejército que la Convencion enviaba á las fronteras de España, y partí con otros

dos camaradas de mi pueblo llamados Tomás y Francisco.

»Como era moda, todos la echábamos de incrédulos, ó más bien de impíos.

»Llegábamos al término de nuestro viaje, hecho alegremente, cuando un día, al atravesar una aldea de los Pirineos, vimos en el pórtico de una iglesia una imagen de la Virgen, que debía ser objeto de gran veneración cuando se la había dejado allí.

»Tomás, por sonfarronada y por echársela de guapo delante de los aldeanos, nos propuso que disparáramos nuestros fusiles sobre la imagen. Francisco aceptó la proposición con una carcajada, y yo, acordándome de mí aunque traté por un momento de disuadirles de llevar á cabo su intento, á la primera burla cedí.

»Tomás cargó el fusil y disparó, dando la bala en la frente de la imagen.

»Francisco tiró á su vez, y la bala dió en el pecho.

«A tí te toca,—me dijeron.

«No me atreví á resistir: apunté temblando, disparé, cerrando involuntariamente los ojos, y, sin embargo, la bala dió en la rodilla de la imagen.

—«En la rodilla?—le dije:

—»Justamente en el sitio en que tengo la herida...—prosiguió.

»Nuestro viaje, tan alegre los días anteriores, fué muy triste aquél, porque lo pasamos disputando á cada instante. Aquella noche nos incorporamos al regimiento, y dos días después tuvimos la primera acción, en la que entré acordándome sin cesar de lo que habíamos hecho con la imagen de la Virgen.

»Sin embargo, la jornada fué feliz;

Tomás se distinguió mucho, y ya se había tocado para cesar la persecución, cuando sonó un tiro que nadie pudo saber de dónde había salido. y Tomás, herido en la frente, justamente en el sitio en que su bala hirió á la imagen, cayó redondo. Francisco y yo, que nos habíamos echado sobre él para levantarle, nos miramos fijamente; y aunque sin decirnos nada, nos pusimos más pálidos que nuestro camarada ya cadáver.

»En el campamento Francisco estaba á mi lado; no durmió un solo instante. Yo esperaba que me hablase para aconsejarme que rezara algunas oraciones, pero guardó silencio y yo no me atreví á romperlo expresando lo que á entrambos nos ocupaba.

»La mañana siguiente, el enemigo, reforzado, nos atacó con grande furia.

—»Hoy me toca á mí,—me dijo Francisco.—Feliz tú que apuntaste mal.

»El desgraciado no se engañó. Fuimos batidos; pero cuando la persecución cesaba, estando Francisco y yo sin heridas, un español moribundo disparó el fusil desde una ladera del camino, y Francisco cayó al suelo atravesado el pecho de parte á parte. ¡Ah! doctor, qué muerte! Revolcábase en la tierra pidiendo un cura: pero todos se encogían de hombros, y como el enemigo nos viniera encima, hubo que dejarle en el camino donde á poco espiró,

»Desde aquel momento no dudé de que yo también sería castigado, y resolví confesarme con el primer sacerdote que encontrara. Por desgracia, no lo encontré, y como hu-

biéramos tenido muchos combates y yo saliera ileso y con un grado de oficial, mis buenas resoluciones se desvanecieron y olvidé el crimen, el castigo y el arrepentimiento. Pero ¡ay! todo debía recordarlo de un golpe.

»La guerra había concluido; volvíamos de la frontera, y ya estábamos á la vista de la aldea en que llevamos á cabo nuestra hazaña contra la Virgen, cuando á uno de nuestros soldados se le disparó el fusil y la bala vino á herirme en la rodilla. Mis dos camaradas habían muerto; yo volvía herido.

»La herida sin embargo, no parecía grave; el físico me aseguró que á los diez días estaría cerrada; pero con gran sorpresa de él, vió engendrarse en la llaga esos gusanos que resisten á todos los esfuerzos de la ciencia.

»Largos años años hace que recibí esa herida, ensayando todos los remedios y reconociendo su importancia; pero si bien pido á Dios que me cure, y aunque espero la curación de su misericordia, no debo quejarme y no me quejo.

»Esta herida ha curado muchas almas, y sobre todo la mía, y á ella seré deudor de llegar al término de mi vida, como cristiano y penitente. Si dudo de la curación, no dudo de la misericordia, y espero firmemente morir en gracia de Dios por la intercesión de aquella que tan benignamente ha castigado mi odioso ultraje.»

«Contando la historia que acaba de leerse ante un ilustre Arzobispo, hijo de la Gascuña, le oí decir que había conocido al Dr. Fabas, el cual

una fé hombre de ciencia reconocida y de veracidad intachable; añadiendo que por su parte tenía noticia de otros hechos maravillosos ocurridos en la misma época y que contribuyeron poderosamente á mantener la fé en aquellos pueblos. Y entre otros contó el siguiente:

»Los revolucionarios de una aldea, en la que se veneraba una antiquísima imagen de la Virgen, quisieron arrancarla de su pedestal, y la arrancaron entre horribles blasfemias; pero además, uno de ellos, por distinguirse, propuso precipitarla en un pozo, lo cual se aceptó y se llevó á efecto, ante el estupor de las gentes honradas, siendo el de la proposición el que arrojó la imagen al pozo con gritos de triunfo y alegría. Pero la alegría duró muy poco, porque aquel hombre cegó instantáneamente, sin que este rápido castigo le corrigiera. El siguió impío y ciego, pero los demás abieron los ojos.

»Pasaron los años, hízose la paz, restablecióse el culto. La imagen seguía en el pozo, y un día el cura dijo á los feligreses:—Es preciso que desagraviémos á la Virgen y que retirémos su sagrada imagen del pozo.

»Todos aplaudieron; fijóse un día, y aquel día fué un verdadero día de fiesta.

»Todos los vecinos estaban reunidos alrededor del pozo; pero faltaba el cura que debía presidir los trabajos. Por fin llegó, pero no llegó solo; conducía por la mano un ciego muy conocido, á quien ninguno se figuraba ver en aquel sitio. El cura impuso silencio, y dijo:

»Hermanos, este pobre ciego ha venido á mi casa esta mañana, impe-

lido por el remordimiento, para obtener de mí y de vosotros un favor que yo le he concedido en vuestro nombre. Desea que le permitais tirar de las cuerdas que van á sacar la imagen de la Virgen del pozo donde él hace diez años la precipitó. Detesta el sacrilegio; reconoce que fué por él justamente castigado; pide perdón á Dios, á la Virgen, y á todos nosotros. Yo puedo decir que Dios y la Virgen le han perdonado, ¿le perdonais vosotros?

—«Sí,—digo el ciego extendiendo los brazos y llorando;—os pido perdón; llevo un gusano roedor en mi conciencia que me atormenta más que mi ceguera.

—«¡Sí, sí! todo está olvidado. Ven, ven! —repetieron aquellos hombres llenos de santa alegría.

»Avanzó el ciego hasta el brocal del pozo; pusiéronle una cuerda en la mano y empezó á tirar de ella. Varios vecinos habian bajado al fondo del pozo y atado sólidamente la imagen, que milagrosamente no se habia roto ni desfigurado. La ascension empezó y terminó felizmente cantándose la letanía.

»Al aparecer la Virgen en el brocal, gritos de alegría brotaron de todos los corazones; pero un grito dominó los demás: lo daba el ciego, que de rodillas y con los brazos extendidos exclamaba:

»¡Veo, veo, veo!

»Veía en efecto; no era aquello una ilusión. Siguió sin guía la procesion triunfal que desde el pozo llevó á la imagen á su antiguo punto y vivió despues varios años, testigo irrecusable de la misericordia de María.»

LUIS VUILLOT.

LA CONFIANZA EN MARIA

RECOMPENSADA.

Cierto dia una pobre viuda, acompañada de sus numerosos hijos, se presentó á una piadosa reunion, presidida por la Sociedad de San Vicente de Paul, y personándose con el Director, anegada en lágrimas, le dijo:

—¡Señor, yo no puedo pagar al casero, y dentro de tres dias me verá arrojada de la casa, sin asilo, sin muebles y sin un pedazo de pan que alargar á mis hambrientos y pobres hijos!

—¿Cuánto debeis, pues, pobre mujer?

—Ciento treinta y cinco francos.

—¡Ciento treinta y cinco francos! —exclamó el piadoso Director;—y dónde quereis que encuentre yo esa suma, y mucho ménos en el corto plazo de tres dias?—continuó delido profundamente.—Hallándose al servicio de la Sagrada Familia, las rentas disminuyen con más rapidez que no entran. No puedo pagar esa suma.

¡Entónces,—exclamó la pobre viuda;—estoy perdida y mis desgraciados hijos morirán de hambre y de frio!

Esta exclamacion maternal desgarró el corazon del piadoso Director, el cual poco despues dijo á la infortunada viuda:

—Esperad, porque tal vez el cielo me ha enviado una inspiracion. Mañana á mediodia, cuando oigais el toque de *Angelus*, en cualquier parte que os halleis, rezad acompañada de vuestros hijos un *Ave María* y el *Acordaos oh piadosísima Virgen*

Maria; yo haré lo mismo, y veremos lo que deparará la Madre de Dios.

El día siguiente, cerca del mediodía, encaminándose el caritativo Director á un templo, para rezar las oraciones que había encargado á la viuda rezara con sus hijos también, encontró un anciano amigo, un verdadero amigo.

—¿Dónde vas?—Le preguntó éste.

—Voy á pedir á la Santísima Virgen ciento treinta y cinco francos;—le contestó.

—¿Para qué?—preguntóle el amigo admirado de la contestación.

—Para socorrer á mi mujer y mis hijos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú no tienes mujer ni hijos!—replicó pasmado el amigo.

—Es verdad, pero esto no impide que si hoy yo no reuno ciento treinta francos, mañana mi mujer y mis hijos se verán arrojados de la casa en que moran, se hallarán sin muebles, sin asilo y sin pan, y de esta manera morirán acosados por el hambre y entumecidos por el frío.... Adios, pues, porque la Santa Virgen me espera.

—Sí, la Santa Virgen te espera—dijole el amigo enternecido por aquel acto sublime de caridad; pero te espera para que vayas á darles las gracias, pues ya te ha proporcionado la cantidad que te hace falta; llégate, pues, esta tarde á mi casa, y yo te daré los ciento treinta francos que necesitas para socorrer á tu mujer y á tus hijos.

Esta conversacion habíase tenido entre la primera y última campanada de las doce, en la puerta de la célebre capilla de San Sulpicio de Paris.

Confianza, confianza en María, que no abandonaba nunca á los que en Ella esperan y en Ella ponen todo su corazón.

P. HUGUET.

La dévotion à Marie en exemples.

Dice *La Dinastia*:

«La célebre artista Teresina Singer, tan aplaudida de nuestro público, acaba de abjurar de los errores de la religion que profesaba, abrazando el catolicismo. El viérnes último, á las ocho de la mañana, recibió los Santos Sacramentos del Bautismo y Confirmacion en la capilla privada del cardenal arzobispo de Turin, de manos de S. E. el Cardenal Alimonda.

La ceremonia comenzó con la celebracion de la misa, que fué solemne, oficiando S. E.

Apadrinaron á la célebre *diva*, la señora marquesa Isabel Thaou Revel de San Andrés Villamarina y el conde José Hipólito Franchi-Verney de la Valleta.

El acto fué privado, habiendo asistido á él únicamente la hermana de Teresina, la señorita Herminia Singer y el futuro esposo de la mencionada artista, nuestro particular amigo D. Enrique Gimeno, que salió para Turin hace unos días, con el exclusivo objeto de asistir al bautismo de su novia.

La celebrada cantante regresará á Barcelona dentro de breves días, de paso para Valencia.»